R. 10274

NECROLOGIA

DEL MUY ILUSTRE SEÑOR

DON FRANCISCO RODRIGUEZ DE ZAPATA,

CANÓNIGO DE LA S. I. PATRIARCAL DE SEVILLA

y Académico Preeminente de la de Buenas Letras,

ESCRITA Y PUBLICADA

POR ACUERDO DE LA MISMA REAL ACADEMIA, Y LEIDA EN LA

JUNTA ORDINARIA DE 26 DE JUNIO DE 1891

POR SU AUTOR

DON ELOY GARCIA VALERO,

PRESBÍTERO.

SEVILLA.—1892.

Imprenta de LA ANDALUCIA, San Eloy, 51.

Teléfono número 25

Señores Académicos.

No habría de ser empresa fácil en el que esto escribe, hallar fórmula ni frase, ántes no empleada en caso análogo, y digna por tanto de vuestras legítimas exigencias, para consignar lo que la gratitud reclama y á lo que la modestia obliga, presentándoos cumplido el empeño que me habéis confiado, ciertamente muy superior á mis aptitudes. Os debo, pues, reconocimiento profundo por el equivocado pero honroso concepto que supone designacion tan lisongera, y la modestia y timidez que debo abrigar, quedan á cubierto, al hacer constar que cumplo un mandato ineludible; el que vosotros me imponéis. Una vez esto consignado, paso desde luego al estudio biográfico y crítico de nuestro inolvidable compañero el doctísimo Canónigo de esta S. M. y P. Iglesia D. Francisco R. Zapata.

Si esta mision con que me honrais hubiera de limitarse á la biografía del insigne escritor cuya pérdida lloramos, una activa y sagaz diligencia hubiera bastado para allegar los necesarios antecedentes y documentos y trazar desaliñada, pero completa historia de nuestro doctísimo compañero. Pero os confieso con ingenuidad sincera, que pone miedo en mi corazon todo intento de crítica litera-

ria (de que no es posible escusarse en trabajos de esta índole) y crítica al cabo de un escritor y poeta que ha florecido en los dos últimos tercios del siglo presente. Prescindid desde luego de la indiscutible insuficiencia mia (de hoc, quœstio non datur) y colocad ante análogo intento y empresa á un espíritu cultísimo pero sincero, que pretenda formar juicio determinado y concreto sobre este período literario, ó sobre escritores que en él han florecido, para formularlo despues con honrada y respetable seguridad, y habréis de convenir que, aun con las mas abonadas condiciones, habría de ser empresa arriesgada y escabrosa.

Próximo el término de una centuria en la que, á la manera del movimiento gradualmente acelerado, como en el descenso de los graves, se vá extremando toda agresion y embate á principios, doctrinas y cánones de toda especie; privados por ende los espíritus desapasionados y sinceros de cimiento y asidero verdaderamente inconmovible; formado ya en los entendimientos, por el predominio de las exigencias y aficiones esperimentales, positivas y prácticas, ese sentido de desapego y repulsion á toda labor literaria (menos utilizable en la molicie actual para los fines sensuales, que las otras manifestaciones estéticas, la música ó las artes plásticas por ejemplo) despojada la poesía y la literatura misma del carácter que tuvo en los tiempos creadores y formadores de las nacionalidades; el de agente eficaz y poderoso de civilizacion en el estado social y político de los pueblos; robado á la poesía por el predominio y aplicacion constante de las ciencias exactas y de observacion, y de sus felices y frecuentes hallazgos, hasta la más humilde de sus aplicaciones, la de distraccion instructiva; no siendo ya por ende seguro espejo de las costumbres y manera de ser de los pueblos; puesta en tela de juicio y discusion la utilidad de las formas métrica y rítmica, con no escasos y decididos partidarios de su eliminacion inmediata, todo intento de crítica habría de ser estimado por lo menos cando-

roso y estéril, si no alcanzaba calificacion más depresiva.

Si á estas desfavorabilísimas condiciones hubiéramos de añadir el apasionamiento y encono de escuelas y críticos á la moderna, la causticidad maligna y depresiva, que parece perseguir el aniquilamiento moral y el desprestigio público de los autores, mas bien que el noble, sereno é imparcial juicio de sus obras; el bastardo llamamiento, hasta por insignes críticos empleado, de concitar contra el escritor las mas ignaras prevenciones, las preocupaciones mas vulgares, las intransigencias mas rudas y groseras, ¿quién osaría abordar tal empresa, sin todo género de desconfianzas y recelos?

Por fortuna el trabajo que me habéis confiado, no ha de tener problamente resonancia mas allá de los muros de este recinto, y de todos modos empeñados deudos y amigos, á la vez que algun notabilísimo discípulo del insigne finado, en análoga empresa al publicar todos los trabajos del Sr. Zapata, es evidente que habrán de hacer olvidar muy pronto, caso de llegar á ser notado, cuanto por mí pueda ser dicho al mismo propósito.

Procediendo desde luego á haceros conocer los antecedentes biográficos de nuestro inolvidable compañero, he podido inquirir sin estremada diligencia, que nació el Sr. D. Francisco R. Zapata, en la villa de Alanís el 4 de Octubre de 1813, de distinguida y bien reputada familia, y fué bautizado en la única parroquia de la indicada villa; Santa María de las Nieves.

Desde sus primeros años reveló condiciones escepcionales de aptitud y aprovechamiento, de que esta Universidad Literaria conserva repetidos testimonios, á punto tal, que con poco mas de 20 años, en Octubre del 35, el Cláustro de este Centro literario lo designó para la sustitucion del 2.° año de Instituciones Teológicas y para las explicaciones del extraordinario de Teología. Obtuvo en brillantes ejercicios calificaciones ventajosas en los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en las facultades de Filosofía y Letras, Derecho civil y Cánones, habiendo sido

nombrado por el Rector y Comisario Regio, Catedrático Sustituto de Retórica y Poética, en 28 de Octubre de 1845, cátedra que obtuvo en propiedad, despues de brillantes ejercicios de oposicion, en 12 de Febrero de 1847.

En el Real Colegio de San Telmo, explicó esta misma asignatura, hasta la estincion de aquel, y en el célebre Colegio de San Diego le fueron confiadas varias clases de Filosofía, y por algun tiempo la regencia de estudios del mismo, debiendo por entonces estrecharse en ambos colegios los lazos de filial afecto y entrañable cariño que le unían al Sr. Lista.

Su nombramiento de Juez de oposiciones, de Vocal de la Comision Superior de Instruccion Provincial y otros análogos, nos revelan el elevado y general concepto que alcanzaba en esta ciudad, y en los altos centros oficiales, y por ello, así como por su conocida rectitud y celo en la enseñanza y su adelantamiento, recibió comisarías de inspeccion y visitas para los principales colegios de esta ciudad.

Ya en 1850 esta Real Academia, asociándose al general concepto que como literato y poeta reunía el Sr. R. Zapata, lo elevó á la categoría de Preeminente entre sus académicos; y su reputacion literaria llevada por la fama á otros Centros literarios y Academias de nuestra Península, determinaron su espontánea designacion y nombramiento para individuo de las mismas.

Los apuntes y antecedentes que he merecido á la diligencia y adhesion cariñosa de un docto literato de esta ciudad, tan modesto como sabio y afortunado investigador de literarios tesoros, me permiten señalar la precisa fecha del 1.º de Enero de 1838 como la de la celebracion de su primera Misa, encontrando en curiosas convocatorias de cultos de 1837, que ya nuestro insigne é inolvidable amigo, alternaba con los primeros oradores sagrados de la ciudad, el año antes de obtener el órden de Presbiterado y siendo ya Canónigo de la Insigne Abadía de Olivares, con cuyo cargo se le designa.

Debió ser pues Prebendado de la citada Abadía con anterioridad á su última ordenacion, y la cesacion en este cargo debió coincidir con su nombramiento de Capellan Real en la de San Fernando de esta ciudad, al ser organizada esta regia capilla en la forma y condiciones concordadas en 1853.

Dos años antes de su muerte, acaecida en 14 de Agosto de 1889, fué elevado á la dignidad de Canónigo de esta Metropolitana y Patriarcal Iglesia, justísima, aunque tardía promocion á que de tal manera era ageno, que aun dudó algun tiempo, dados sus habituales achaques y avanzada edad, si debía ó no aceptar. Murió pues nuestro insigne amigo y maestro, á la edad de 76 años aun no cumplidos, y aunque alcanzó no breve existencia, dadas las desfavorables condiciones de salubridad de estos cálidos paises, no por eso fué menos sensible y llorada su pérdida por sus muchos admiradores y afectos.

En la muerte de los seres ligados á nosotros por vínculos de consideracion ó afectos, y singularmente en la muerte de los hombres insignes, no echamos de ver (de tal modo somos influídos por la fatalidad de este durísimo tributo de la muerte,) que la pérdida del anciano ó del hombre madurado en el estudio y la ciencia, es pérdida de mayores tesoros que la del jóven, donde no se ofrecen sino como esperanzas, á las que aun no ha prestado el meritorio concurso de su actividad y esfuerzo. ¡Ah! si posible fuera prolongar en dilatada extension los breves dias del vivir sobre la tierra, si la ancianidad y la vejez no vinieran acompañadas del fatigoso abrumador cortejo de dolencias y aminoramiento de todas las fuerzas de la vida, y sobre todo del gradual entorpecimiento de las superiores facultades de nuestra alma, echariamos de ver mas claramente, cuantas y cuán grandes cosas mueren en el anciano cuya vida fué consagrada á la actividad superior del espíritu; cuán rico tesoro de rectificaciones y esperiencias, de ideas cada vez mas comprehensivas y superiores, de hermosos y labrados frutos se pierden y dis-

gregan como precioso líquido, que del ánfora rota se vierte y confunde en el centro de atraccion comun.

Murió, pues, el Sr. Zapata (y dispensadme la anterior digresion,) en edad en que todavía una naturaleza menos destruida que la suya por el asíduo estudio y trabajo, hubiera podido dar frutos de gran provecho; pero dejándonos en los inmensos testimonios de su fecundidad literaria, repetidas pruebas de las no comunes dotes con que el cielo le enriqueciera, y del avaloramiento que su asíduo trabajo y aplicacion les prestara.

Ante todo, cúmpleme consignar que el señor Zapata era un digno y piadoso ministro del Señor piedad, que confirma el mayor número de sus producciones literarias, de carácter religioso místico y aun ascético algunas, y que revelan al par que nuestro insigne amigo conoció muy bien los ricos tesoros, que en este órden encierran las patrias letras.

Además de las de este género, las composiciones poéticas del Sr. Zapata, que no tuvieron el carácter marcadamente piadoso, fueron siempre nobles y honestas, dignas del sacerdote literato, cuya inspiracion fué puesta siempre al servicio de lo heróico ó de lo sencillo, puro y ordenado.

Cada dia y á medida que las experiencias de desolacion y destruccion se multiplican, crece mas nuestra conviccion (á pesar de los grandes peligros y deficiencias que altísimas autoridades señalan á esta antigua teoría) de que siempre habrá de encontrarse en lo bello la serenidad y sosiego del órden, (lo verdadero y lo bueno, en fin) y que la impiedad, como todas las formas de la soberbia y de la ira, como la impureza, como las intemperancias de todo género no alcanzarán á producir sino lo defectuoso y deforme, por grande que sea el talento empeñado en desmentirlo: y decimos esto, porque viniendo nuestro biografiado á continuar la tradicion gloriosa de este suelo, fecundo siempre en poetas y escritores insignes, sucediendo inmediatamente á los Reinosos, Listas y otros mu-

chos poetas de altísima valía (indisputables regeneradores de las letras hispalenses, á tan gran desmerecimiento antes venidas) sería de lamentar que una prevencion, quizás tan apasionada como ligera é injusta, cuando no inclemente y sañuda, pudiera comprender en el injusto recelo á los que, en la medida de su aptitud, heredaron de sus maestros las aficiones elevadas y nobilísimas de la poesía y la literatura, pero no las desviaciones deplorables y temerarias osadías de aquellos grandes poetas cuanto funestos filósofos, hijos de este hermoso suelo del que tuvieron forzosamente que alzar su residencia.

Iniciados algunos en vida regular y en los órdenes sagrados, y prebendados é hijos de esclarecidas familias católicas, otros, llegaron en el camino de sus estravagancias y delirios hasta las indignidades de la pública apostasía, que ni aun los extremos de la más desaforada demencia bastan á explicar y recibir sin profunda universal repugnancia. Pero fueron escritores insignes y admirables poetas, y algo de prevencion y recelo proyectaron sobre la severa ortodoxia de preclaros discípulos é imitadores y al par eclesiásticos señaladísimos, unidos á aquellos por vínculos de amistad cordialísima y antigua. No extremaron quizás estos últimos la prevencion y desconfianza hácia novedades y doctrinas que en explosion turbulenta agitaron á los espíritus más esclarecidos en aquellos dias vertiginosos... Coincidieron con la aparicion y difusion de estas novedades peligrosas, los dias angustiosos y heróicos de nuestra independencia en la primera decena del siglo: y si las experiencias dolorosas y las degeneraciones y rebajamientos de los más altos príncipes y señores, por un lado, y de otro la impresionabilidad fogosa é indiscreta (explicable en aquel ambiente que caldeaba como atmósfera de fuego á los más doctos y esclarecidos espíritus) llevaron á los indicados restauradores de las letras sevillanas á términos y actitudes que pudieron chocar, á la piedad estrecha y severa, y al patriotismo ardoroso y acendrado, cumple á la indulgencia

de dias más serenos investigar accidentes y circunstancias, que quizás alcancen á explicar por lo menos estas dolorosas decepciones.

No estaban entonces como hoy claramente deslindados principios y doctrinas cuya armonía y conciliacion pudo creerse posible por espíritus nobles y juveniles, más generosos que discretos; y hasta las mismas sociedades secretas (en las cuales ya no es lícito penetrar y seguir sin dejar en sus umbrales la cándida veste de nuestra regeneracion espiritual, ofrecían entonces á las inteligencias ganosas de exploracion y ciencia, claros y marcados motivos de repulsion. Conocieron indirectamente estos insignes maestros la literatura filosófica francesa, tan funesta y condenable; pero la investigacion del erudito y del hombre de ciencia, aunque esta sea sospechosa y reprobada (que hasta para combatir más tarde debería ser conocida y estudiada) ni aun las vacilaciones momentáneas y transitorias que pudiera producir su estudio (si por acaso se produjeron), no deben en justicia confundirse con la impiedad y herejías merecedoras de tal nombre, si no se determinan con precision señales y caractéres que muestren como lanzada del alma la norma divina y rectísima de nuestra fé, ni que han sido aceptadas novedades peligrosas, ni ha sido cambiado por tanto el criterio de vida moral y pública; y menos aun, cuando por otra parte numerosas producciones literarias merecedoras de fama eterna, nobilísimos hechos de caridad y virtud, cristiana y ejemplarísima muerte nos ofrecen la lisongera seguridad de que en estos ingénios esclarecidos, como en tantas otras almas, las flaquezas y debilidades de la humana condicion no les hicieron perder el riquísimo tesoro de su fé.

Si algo faltara para la esculpacion que pretendo y la justificacion de estas digresiones, lo ofrecería un explicable sentimiento de caridad é indulgencia, que recomienda «el lauda post mortem» y mi propósito que estimo leal y justificado, de que sacerdotes eminentes y al par poetas

y escritores esclarecidos se ofrezcan al pueblo cristiano con caractéres y condiciones que no lastimen la piedad y fé de las almas sencillas, para las que habrán de ser ejemplo y estímulo más eficaz los Ministros del Señor, mientras más justo concepto merezcan de ilustracion y talento.

No son ni pueden ser la poesía ni las letras, aun puramente humanas, peligroso esparcimiento ni condenable aficion en personas eclesiásticas si no traspasaron nunca los límites de lo honesto, lo puro, y recibido; si en sus producciones, aun en las de mera recreacion y esparcimiento, nada pudo ser hallado que ni remotamente lastimara estos altísimos intereses; si en la mision que á los poetas asigna el gran lírico latino,

«Aut delectare aut prodesse,»

no olvidaron levantar en las almas, con la emocion de lo bello, los más nobles, cultos y delicados sentimientos.

Por esto se dice que hay en la mision del poeta algo semejante á funcion ó ministerio sagrado como el de los primeros cantores de los pueblos antiguos. No creemos insistir lo bastante en estas reflexiones, y hoy más que nunca á medida que son más desconocidos los fueros de la poesía, que es ella como la literatura (que en ámplio sentido pudiera abarcar todo el humano saber), una como suave dulcísima disciplina que arranca del alma todas las crudezas, todo instinto de perversion y ódio, haciendo nacer, con los puros y elevados goces del espíritu, un sentido general de benevolencia y amor y un más noble y elevado concepto de los hombres y de la vida toda.

Mientras que, por razon opuesta, señalan su desconocimiento y la aversion á su culta dulcísima influencia, las formas más ásperas y selváticas, los más rudos y violentos estímulos é impulsos, los más sañudos rencores. Por esto decía el gran poeta latino que el dulce influjo de Orfeo arrancó al hombre de los bosques, separándole de la matanza y sanguinarias crueldades. «Dictus ob hoc

lenire tigres, rábidos que leones,» y por razon igual, Anfion funda á Tebas, moviendo los bloques inmensos con el sonido de su lira «et prece blanda,» llevándolos segun el deseo.

La cualidad, pues, de poetas y literatos en su digna y recta acepcion, no es ni puede ser sombra que oscurezca ó empañe la mision sacerdotal: antes bien puede y debe ser, en los que recibieron del cielo dotes elevadas y propias para merecer alto prestigio en este concepto, nueva corona y perfeccion añadidas; que el cultivo mismo de las letras con la dulzura y suavidad que al alma lleva, dispone á esta más flexible y delicadamente, para nuestros más altos y difíciles ministerios.

Dispensadme esta fatigosa digresion y permitidme que al volver nuevamente al señor Rodriguez Zapata, digno y piadoso sacerdote, como eximio poeta y literato, apunte aunque no más que de paso y con las salvedades antes indicadas, que excusables ó justas las inculpaciones dirigidas á los que á tan alto nivel subieron la degenerada literatura pátria, nuestro biografiado representa ya total y completa eliminacion de cuanto en este órden pudiera ser atribuido á sus insignes maestros; y así pudo recibir del sábio canónigo sevillano D. Alberto Lista, su amigo y maestro carísimo, como piadoso legado, libre de toda clase de adherencias, la bien templada dulcísima lira, que el inolvidable Amador de los Rios, gloria de la pátria de los Herreras y Rioja, señalaba en su elegía á la muerte de aquel insigne poeta, como santo heredamiento dejado á sus hijos, y sobre todos al señor Zapata, á quien el gran crítico recomienda su solícita custodia, como á él singularmente donada.

Guárdala tú del huracan impío
que ruge en derredor de nuestra frente
y los robles al par troncha bravío.
Guárdala amigo y al rayar fulgente
del alma paz el dia venturoso,

corónala de mirtos florecientes,
y cuando llegues triste y respetoso
del gran Licio á la tumba solitaria,
teje una flor á su laurel frondoso
y tributa en mi nombre una plegaria.

Precisamente en esta misma corona poética, para la que escribió los citados versos don José Amador de los Rios, fué donde nuestro digno amigo y maestro reveló las no comunes dotes de poeta de elevada y noble inspiracion, alzado vuelo y elegante y clásica correccion.

No son motivo bastante á modificar este juicio los trabajos literarios del mismo autor en que pudieran ofrecérsenos desmayos, incorrecciones y hasta los caractéres opuestos á los consignados en las anteriores líneas: ya en otra ocasion lo indicamos y es por otra parte una verdad de sentido comun: al génio y al talento se le ha de juzgar por el nivel más alto hasta donde pudo llegar, que no han de restarse de la elevacion alcanzada los breves alientos de la decadencia ó del descuido, ni los desvanecimientos del sueño; que si algunas veces amenguaron y entorpecieron al cantor de la Iliada, no es mucho que ampliemos este «alicuando,» en los que al cabo, por grande que fuera su valer, distaban mucho del divino cantor.

Los defectos del señor Zapata eran más bien defectos de su tiempo; de las circunstancias que le rodearon; de las aficiones y gustos dominantes cuya vacuidad y cuyos pueriles y ficticios empeños, si me permitís este atrevido juicio, hallamos nosotros tan fácil conocer y determinar, cuando los gustos han fijado tan profundas diferencias entre la manera de ser de esta sociedad y las ideas y corrientes generales de aquellos tiempos en que se formó y condensó la inspiracion del Sr. Rodriguez Zapata.

El árbol por muy rica savia que lo nutra, se alimenta al par del ambiente circundante, que influye fatal y decididamente en la manera de su produccion y en el fruto mismo. Sobre el nivel intelectual y moral de un período

ó de una época es muy difícil, si nó imposible elevarse; y áun los rarísimos que parecen abrir sus ojos por cima de las brumas de su tiempo á una region superior, sólo alcanzan á percibir (quizás por el entorpecimiento del órgano aun no acostumbrado) brevísimos é incompletos resplandores de esa luz superior y distinta. No nos admiremos por esto de que en nuestra edad le sea dado señalar (y señalar con justicia) á un medianísimo entendimiento, deficiencias y candores pueriles en que incurrieron grandes filósofos, ó eminentes pensadores de otras edades. En aquellas regiones desconocidas y oscuras entonces, los esfuerzos progresivos de la humana investigacion (cuando no más altas enseñanzas) han proyectado, con la labor de muchos siglos, la luz zenital que ya permite á los más débiles ojos descubrir y precisar lo antes confuso é inextricable. ¿Qué mucho, pues, que sufran la llamada «influencia de su tiempo» escritores y poetas siempre inferiores á estos genios excepcionales? Experiencia debe ser esta que nos haga desconfiar de todo dogmatismo y seguridad exclusivamente humana, ante el temor de una rectificacion siempre posible y esperada, así en la vida del indivíduo como en la de la humanidad.

El señor Zapata encontraba en la brillante renovacion literaria de los insignes poetas y escritores de Sevilla de fines de la pasada y primer tercio de la presente centuria, una restauracion indiscutible y evidente del gusto literario antes pervertidísimo; pero venía acompañado de tendencias y aficiones al género bucólico, menos expontáneo y más ficticio en esta época que en los tiempos clásicos, revelándose claramente, con las influencias de la literatura filosófica, la del insigne Melendez Valdés (el célebre Batilo) en aquellos grandes escritores sevillanos.

Es cierto que estas aficiones no se estendían en los poetas sevillanos á mucho mas que á los nombres arcádicos que algunos llevaron hasta por duplicado, como el gran maestro de nuestro biografiado, pero áun así y todo

eran embarazos y barreras puestas á la ya sentida y deseada sinceridad del poeta.

Pretendíase quizás con nimio empeño, mantener y esforzar los caractéres puramente exteriores, si me es lícito hablar así, de la llamada escuela literaria hispalense; la forma clásica sobradamente ceñida y con peligro de vacuidad sonora, si se olvida que toda forma, dentro de los elementos permanentes, de lo eternamente hermoso, exije algo de ductilidad maleable, perdonadme la frase, si ha de vestir y contener las nuevas florescencias, y conquistas del entendimiento; los elementos forzosos de renovacion que la vida produce en todos los órdenes, mientras no llega la completa esterilidad y decadencia precursora de la muerte.

Por esto se ha querido llamar en nuestros dias, forma caduca, é hinchada vestidura sin contenido (en frase de escuela) á la forma clásica, como si ella excluyera todo racional y prudente enriquecimiento; como si estuviera forzosamente consagrada á vestir organismos entecos, viejos y caducos; y como si los más ricos tejidos de brocado ó púrpura, ó de los metales más preciosos, no pudieran envolver y realzar las formas juveniles y esbeltas.

Así este culto á las formas clásicas y aun el debido respeto á las tradiciones de la llamada escuela sevillana, no fueron parte en esos eminentes poetas, los Gallegos, los Listas y tantos otros, á oscurecer ni amenguar el brillo y grandiosa inspiracion de sus odas inmortales; antes bien, contribuyeron evidentemente á su extremada indiscutible perfeccion.

Mas los poetas y escritores, aun los merecedores de renombre, pero que no alcanzaron el altísimo nivel de los citados, que vinieron á la vida en época inmediatamente posterior, en la que se iniciaba ese desdén y desapacibilidad del gusto público, que no acepta en la produccion poética, sino la emocion subjetiva, expontánea y sincera, debieron hallar condiciones y ambiente menos favorable, y éxito menos lisonjero á su labor literaria.

En algunos escritores y poetas, inferiores ciertamente á nuestro biografiado, de estro é inspiracion menos levantada,es donde la nueva y seca crítica, ya naciente en sus dias, podría señalar esos amaneramientos y afectaciones, que dieron armas á esos radicalismos literarios, y á esas intransigencias obcecadas de las nuevas escuelas, enemigas de lo clásico y recibido. Esos ingresos pomposos y solemnes de ámplias generalidades, en los trabajos líricos á cuya moda todos rendimos culto en nuestra juventud, eran (en los que no alcanzaban elevada y sostenida inspiracion) frecuente ocasion de desmayos y caidas como las del Icaro de la fábula, en odas y trabajos empezados con grandes y atrevidos alientos: el respeto pueril y nimio á la frase hecha, á la concordancia feliz y consagrada á la estructura elegante, producían esos epítetos inseparables y cosidos (si me permitís la palabra vulgar) al nombre, ó formas gramaticales más comprensivas y extensas, de estructura inconmovible, que el uso autorizaba, sin nota de reprobado, y vergonzoso plagio.

No hacemos detenida reflexion y estudio sobre estos extremos por que creamos que las indicaciones apuntadas y cuanto de negativo hemos señalado, puedan tener oportuna aplicacion á nuestro biografiado; á muchos otros que merecieron gran fama habrían de alcanzar más que al señor Zapata los cargos insinuados; pero los consignamos como notas bien ligeras, pero indicadoras de aquellos tiempos, y aplicables en cierto modo á la llamada Escuela Sevillana, á la que se suponía íntimamente afiliado nuestro inolvidable amigo.

No soy yo seguramente por razones que no repito (para que no las atribuyais á falsa modestia), el llamado á decir cosa de que cumpla tomar nota, sobre las condiciones y caractéres de esta Escuela, ni aun sobre su propia y definida existencia. Cierto es que la correccion y perfeccion de la forma; el culto é imitacion de los grandes maestros en el arte de modelar el pensamiento; el esmero y limpieza en fin que se señalan por algunos, con

otros elementos análogos, singularmente el lírico entusiasmo propio de este género, como caractéres privativos y propios de la citada Escuela, son más bien condiciones que deben reclamarse de toda obra literaria de este órden que aspire á la posible perfeccion. Quizás nos suministrarían notas y líneas de más distintiva individualizacion, las diferencias (solo en índice apuntadas) por algun crítico y literato eminente de este suelo. De ellas podría deducirse que con las influencias literarias que de la vecina península procedían en los pasados y no lejanos siglos y que tan marcadamente se dejaron sentir en los poetas castellanos, la Escuela Sevillana se inclinaba á la direccion subjetiva y filosófica dantista, más profunda, severa é inspirada que la petrarquista, á su vez más graciosa y ligera y más enamorada de la forma.

Por otra parte, el alejamiento de la córte y de las forzosas exigencias que obligan á extremar el respeto y el encomio de los príncipes y poderosos, darían holgura, amplitud y desembarazo para que en los poetas sevillanos, libres de esta influencia, se produjeran notas viriles y enérgicas, que al cabo, «las esperanzas cortesanas, prisiones son,» y hacen difíciles los conceptos levantados y nobles de la propia dignidad humana, de la rectitud moral, fundadas en la más sana y hermosa filosofía: y por esto quizás las mismas exaltadas doctrinas de emancipacion é independencia, y de amplitud política que profesaron los más eminentes poetas sevillanos al comenzar la presente centuria, reproducirían, (aunque con deplorables desviaciones) un eco de aquellas hermosas notas, de noble, honrada y digna firmeza, ó amargos y filosóficos desencantos que recuerdan al autor de la epístola inmortal: posible es que estas indicaciones marcaran diferencias más señaladas con los poetas cortesanos, que cuando lo fueron, allá en los tiempos más alejados de los Almotamides y Almotadies extremaron en nuestro propio suelo, la nota del encomio hasta lo inverosímil y miserable.

Sea de ello lo que quiera y explicando por natural y

cariñosa deferencia y cortesía la nota característica, que en horas de regocijado humor atribuyera una sapientísima autoridad á la Escuela Literaria Hispalense; la del aplauso recíproco con que sus adeptos se enguirnaldan, la verdad es que la gloria literaria de Sevilla arranca, con la elevacion y grandeza de sus insignes poetas, del número extraordinario de los cultivadores felices y dignos de loa en todos los géneros y que nacieron ó florecieron en este hermoso suelo; que no son más fértiles y fecundos los prados por producir contadas aunque perfectas especies de flores, sino por hacerlas nacer hermosas y lozanas de toda especie que ofrezcan todos los colores, todos los perfumes y las más ricas y variadas formas.

Precisamente nuestro biografiado (y aquí os prometo ceñirme y limitarme á un rápido como receloso juicio crítico de algunas de sus producciones literarias, dando de mano á tantas enojosas digresiones), el señor Zapata pareció singularmente en los comienzos acomodarse más que tantos otros poetas y escritores sevillanos á las tradiciones y preceptos de los grandes maestros; y esto no solo en la estructura de sus trabajos, sino hasta en el estudio y conocimientos de las fuentes literarias que dieron al divino Herrera aquellos grandes alientos y atrevidas locuciones y que algunos llegaron á estimar como poderoso auxiliar y primitivas insinuaciones de las extravagancias culteranas. No sería ciertamente al gran Herrera á quien debería hacérsele tal inculpacion, caso de ser justa, sino á los imitadores del gran poeta, muy distantes por cierto de su elevada inspiracion y de su buen gusto y sentido estético: ellos fueron los que debieron torcer y llevar á direcciones estravagantes y absurdas las atrevidas innovaciones del génio, que este tiene necesariamente, señores Académicos, y vosotros lo conocereis como yo, en sus propias superiores dotes; en su fuerza y clara vision, la seguridad de no rebasar los límites razonables.

El señor Zapata cultivó como el gran maestro, los incomparables vergeles de la poesía hebráica que encierra

tantos tesoros de poesía y las fuentes de más rica vena; y á este órden de producciones y al empeño y propósito antes apuntados, corresponde su canto bíblico titulado «Devora y Barac,» que fué impreso en 1839. En este canto, del que no nos ha sido posible conocer sino algunas octavas reales, parece el poeta seguir la direccion y camino que dejaron señalado en notabilísimas producciones, á la vez que el fundador y maestro Fernando de Herrera, los insignes poetas Arjona, Roldan y Reinoso y su querido maestro Lista.

No cree el entendido crítico (por el que me ha sido dado conocer este trabajo) que la obra del señor Zapata llegue en un todo al nivel de las de los grandes maestros citados; al cabo el señor Zapata se hallaba entonces al comienzo de su carrera poética; pero encuentra en este canto bíblico un plan dramático bien meditado y concluido, hermosos rasgos descriptivos que nos permiten conocer y sentir, como inmediatos testigos,los campos de batalla, en que los contendientes lucharon, viendo en ellos fulminar la espada del Altísimo al resplandor del rayo aniquilador de las huestes ominosas de Sisara, y á los ángeles arrojando fuego sobre el ejército rebelde. Ofrécense tambien cuadros de variada y poética grandiosidad segun el citado crítico, ya pintando la cólera del Eterno y su voz dilatada por el trueno á todos los ámbitos del mundo, ya los querubines entonando cánticos armoniosos en sus cítaras de oro por el triunfo de Barac, ya fuentes y flores y la aurora tendiendo su manto de rosa sobre el aterido mundo.

El argumento de este canto parece estar tomado del cap. 5.° del libro de los Jueces. Encuéntranse en el citado poema trozos de esmerada y correcta diccion, los unos de sentida poesía descriptiva, de verdadera grandiosidad de estilo los más, y á la vez de dulzura y armonía encantadora, sin que falten pasajes de admirable valentía y robustéz.

Sirva de ejemplo de estas variadas aptitudes y fortuna del poeta, los pasajes siguientes:

«En el Sina tambien de viva lumbre
circundado te vieron majestuoso
mover cual caña la pesada cumbre
al impulso del rayo estrepitoso.
Cuando leyes á inmensa muchedumbre
dístes por medio de Moisés dichoso,
que templando la nube contemplaba
do tu acento divino resonaba.
. . . . . .

Hablando de la voz de Dios dice en otro lugar:

. . . . . .
Al eco de cien truenos dilatada
las nubes arrollar su voz tremenda,
y que su rostro airado mostró luego
en trono brillador de ardiente fuego.

Como ejemplo de armonía y envidiable dulzura cítase la octava siguiente:

No dejes de cantar Debora hermosa
Ese canto divino que enagena,
Porque en tus lábios el amor reposa
Y la paz en tu pecho de azucena;
Clava en los cielos tu mirada ansiosa,
Esa mirada que de amor es llena,
Y vendrán á escucharte los querubes
En luminosas y ondulantes nubes.

Son tambien dignos de ser citados estos versos de admirable propiedad al pintar los cadáveres de los enemigos arrojados al mar por las aguas:

«Que al reteñirse con la sangre inmunda
Bramando corren á la mar profunda.

Aun en época anterior á la del canto citado en 1837 hallamos algunas poesías notables del señor Zapata, por

entonces más arrebatado que correcto, como la composicion algo desordenada y romántica, que él tituló «La inspiracion de una campana,» trabajo por el que reveló una extraña predileccion que otras muchas producciones suyas hubieran merecido con más justicia.

«Es media noche, lúgubre resuena
Una campana desde la alta torre;
El campo y la ciudad su voz recorre
De misteriosas sensaciones llena.

Son estos cuatro versos los primeros y los mejores de toda una larga composicion en que solo se descubren las primitivas y candorosas emociones de una exagerada sensibilidad y de una fantasía falsamente dolorida, que las corrientes románticas y soñadoras de aquel período produgeron en poetas y escritores, que más tarde alcanzaron excepcional y merecida nombradía.

Un año despues, sin embargo, encontramos sentidas estrofas con corte y sabor, que en algunos versos nos recuerdan la solemne y triste inspiracion de algunas elegias del inmortal don Juan Nicasio Gallego. Dedícala el señor Zapata á don Nicomedes Pastor:

«Sobre la tumba eleva de tu amada
Triste poeta! tu cantar doliente
Brille ya en ella en noche sosegada
La luna refulgente.
Con esa luz de muerte y de tristeza
Que el génio del dolor manda á deshora
Más sublime que el sol con su belleza,
Más grata que la aurora,
La saludaste ya cuando cansado
De ese mundo que insulta al afligido
Exhalaste de adelfa coronado
Tu canto dolorido,
Y alumbró tu flotante cabellera

Y te inspiró desde el «helado» cielo,
Escuchó tu plegaria lastimera,
Calmó tu desconsuelo.

Las numerosas estrofas que siguen señalan bien marcadamente el cansancio del poeta, tal vez por la rapidéz de la confeccion y las impaciencias naturales de la juventud.

Encontramos ya por los años que inmediatamente siguieron, repetidos y brillantes testimonios de su fecundidad y fortuna en esa forma métrica que por tantos ha sido estimada como muestra de la ingrata malquerencia de Apolo á los poetas, cuya desesperacion tantas veces fuera provocada con las dificultades que en el soneto deben ser vencidas.

Sabido es por cuantos cultivan las letras en este suelo y son conocedores de nuestros insignes poetas, los numerosos sonetos que brotaron de la fecunda inspiracion y especialísima aptitud del señor Zapata para este difícil cuanto abreviado poema. No hemos de decir que los innumerables que escribió alcanzaron la más acabada perfeccion ni que concluyan en punta, como con frase vulgar, pero ya recibida, se dice del soneto que llega á su término sin desmayo ni decadencia, pero sí podríamos afirmar que muchos de ellos pudieran ser suscritos por la firma de su insigne maestro ú otros poetas eminentes: sirvan de ejemplo, entre otros ciento, los que á la Giralda, á Sevilla, á la muerte de Reinoso, al retorno de Lista y otros, tenemos á la vista y de los que hemos de reproducir todo ó parte, seguros de obtener la gratitud de esta docta Academia.

Entre celajes de oro seductores
Guadalquivir pausado se desliza.
. . . . . .

Comienza el primero de los citados y al que terminan estos hermosos tercetos:

«Que cual cándida vírgen te embellece
De nácar puro celestial corona
Que al aromado céfiro se mece;

Que no miente la fama si pregona
Que á tus orillas entre nardos crece
Un laurel que mil génios galardona.

O si pudiera (dice en elevada inspiracion) á nuestro gentil alminar la Giralda.

¡O si pudiera sobre tí elevado
Cercano contemplar el puro cielo
Lejos alguna vez del bajo suelo
Por doquiera con lágrimas regado!

¡Tambien cuando resuene el trueno airado
De las nubes tocar el negro velo
Del rayo detener el presto vuelo
Sobre la triste humanidad lanzado!

Tal vez allí la inspiracion divina
Brillara como el sol sobre mi frente
Que ora el pesar hácia la tierra inclina;

Y entonces al cantarte dignamente
Al cielo dó tu cumbre se avecina
Pasará el eco de mi voz ardiente.

Los dos siguientes sonetos dedicados, el uno á la muerte de Reinoso y el otro al retorno de su caro maestro D. Alberto Lista, por la entonacion y correcta estructura del uno, como por la elevada y sentida tristeza del primero, parecen evocar reflejos y recuerdos gratísimos de los insignes Rioja y Arguijo.

Dice así el primero á la muerte de Reinoso:

Ya que viviendo al hombre no acataron
En genio y en virtudes eminente;
Ya que no orlaron de laurel su frente
Los mismos que en silencio lo admiraron;

Ya que sus tristes dias abreviaron
Recuerdos mil de nuestro mal presente
Que al grabarse terribles en su mente
Su robustez, sus fuerzas agotaron;

Volad, vates de Hespería y en la losa
Que dura cubre al inmortal Fileno
Entonad vuestra endecha lastimosa,

Mientras yo adoro de amargura lleno
Junto al Bétis su sombra explendorosa
De mustia luna al destellar sereno.

Dejaste á Gades (dice al retorno del maestro)
y la fresca orilla
De nuevo pisas que nacer te viera
Porque segunda vez del Sacro Herrera
Oyese el canto la inmortal Sevilla.

Rico edén, celebrada maravilla
La contemplas con risa placentera
Y el santo fuego que en tu pecho ardiera,
Torna y se inflama y en tus ojos brilla;

Canta, pues, este cielo de colores,
Este campo de vida eterna fuente
La hermosura el placer y los amores;

Mientras que la amistad pura y ferviente
Teje de mirtos y nativas flores,
Nuevas guirnaldas para orlar tu frente.

No es menos notable el siguiente soneto que compuso á la muerte del Sr. D. Rafael Lavin, Pbro., Director que fué del Instituto Provincial de Jerez de la Frontera:

De tu sacra elocuencia los loores
Repite ufano el eco de mi lira
Bendiciendo el vigor, la santa ira;
Los raptos de tus místicos fervores.

Mas hoy que de la muerte, los rigores
Por tí lamenta el Bétis y suspira
Dolido el Lete cabe alzada pira,
No tengo más que lágrimas y flores.
Esculpan otros en tu yerta losa
Las guirnaldas que el Lacio dió á tu frente
Y al par escriba la verdad severa:
«El egregio orador aquí reposa,
Que en talento y virtudes eminente
De Hispalis fué clarísima lumbrera.»

Si hubiéramos de hacer una minuciosa diseccion, que difícilmente resistiría toda produccion de este órden, hallaríamos en los citados sonetos alguna casi inapreciable deficiencia que conmigo habrían de pasar por alto los más severos y exigentes críticos!

El consagrado á la entrada de S. A. R. la Serenísima Señora Infanta D.ª María Luisa Fernanda en Sevilla 1848, merece tambien que lo reproduzcamos íntegro, con alguna de las salvedades apuntadas. Son nobles, generosos y expresados con acabada correccion los sentimientos del citado soneto.

A Hispalis contemplad; de gozo henchida
Tiende los brazos hácia vos Señora
Y en la tierna emocion con que os adora,
Las tempestades que cruzaste olvida.
Su ósculo recibid; ella os convida
De estable paz á la radiante aurora
Con los preciados bienes que atesora
Su hermoso seno manantial de vida.
No os ofrece del Támesis y el Sena
Las soberbias estátuas, los palacios
Que combaten la envidia y el despecho;
Pero sí un baluarte en cada almena,
El sol de la lealtad en sus espacios,
Y una hoguera de amor en cada pecho.

Por esta fecha escribía su notable soneto á la muerte de Jesus, asunto de la oda inmortal de su gran maestro.

«Mientras de luto universal se viste
Sus galas esquivando la natura,» etc.

Y que terminaba en los siguientes tercetos:

«Súbito eleva la convulsa mano
La consternada humanidad al cielo,
Y el pecho hiere en su dolor profundo,

Al ver que entre verdugos inhumanos,
Por dar la vida al delincuente suelo,
La suya entrega el Hacedor del mundo.

Alcanzó tambien extraordinaria celebridad su conocidísimo soneto á Dios, del que solo reproducimos sus primeros versos por no alargar este trabajo con citas universalmente conocidas:

«No hay más que tú: la tierra, el firmamento,
El sol que en anchos mares reverbera
Son, como el orbe y la creacion entera,
Ráfagas fugitivas de tu aliento.

Quizás un prolijo y detenido análisis de esta notable produccion, nos haría descubrir que algunos términos de la enumeracion se hallan comprendidos implícitamente en otros de los que señala, oscureciéndose por esto el claro deslinde y homogeneidad de los mismos; pero esto reclamaría como indicamos, un análisis menudo é injusto, cuando son indiscutibles por otra parte la grandiosa estructura del soneto y la levantada y resuelta inspiracion que lo produjo.

De intento dejábamos para terminar este rápido exámen, en el que nos vemos forzados á pasar por alto numerosísimas y excelentes composiciones del insigne maestro, la oda notabilísima que con tres excelentes sonetos

aparecen en la corona poética dedicada al doctor don Alberto Lista, su queridísimo y bien llorado amigo.

El primero de los citados sonetos que comienza

«Licio murió; la bética ribera
No escucha de su vate el dulce acento,
. . . . . .

Parécenos más bello y sentido que los dos siguientes:

«Porque en lóbrega noche me despierta
Insólito rumor que el aura hiende.
. . . . . .

Y el último dedicado á los cantores de Licio. Pero la oda antes indicada es una de las obras maestras de nuestro inolvidable compañero y donde más alto brillan las dotes que antes señalábamos; los alzados vuelos de su inspiracion, su admirable clásica correccion que esmaltan todas las numerosas estrofas de regulares estancias en que escribió esta oda, á la manera de los más preclaros é insignes poetas de este suelo fecundísimo. El discípulo llora con alma y ternura verdaderamente filial á su queridísimo maestro, y el culto y la veneracion profundas que le mereció; el afecto entrañable que le consagraba, brotan al rudo choque de su muerte, en hondas sentidísimas quejas á las que avaloran y abrillantan su sabor clásico y su amarga y bella desolacion.

Citaremos algunas de estas estrofas escogidas sin predileccion, que habrá de confirmar este siempre tímido y receloso encomio:

«Las lágrimas invoco en mi amargura
Y seca está su fuente;
Sangre más bien derramarán los ojos
en que punzante arpon, siento clavada
Del dulce Anfriso la postrer mirada.»
. . . . . .

«El padre Bétis de su sien arranca
La espléndida corona
De olivas, de jazmines y amaranto
Y el cetro de marfil airado agita
Y su mansa corriente precipita.»

. . . . . .

«La excelsa sombra del anciano Homero
Le acarició en su cuna;
Píndaro su horizonte iluminaba,
Y entre flores abrieron su camino,
Maron y Horacio y Exequiel divino.»

. . . . . .

«Así al morir el sin igual Batilo
La cítara sonante
Manda preciosa colocó en sus manos,
Y en ósculo suave le infundía
Viva centella que en su pecho ardía.»

. . . . . .

La inocencia, el placer y los amores
Por el en nudo estrecho
Cual en los aureos siglos se hermanaron.

. . . . . .

Y concluyo con algunas de las últimas estrofas porque habría de reproducirlas todas si no consultara más que mis propios impulsos:

«¿Qué importa á mi afliccion tanta alabanza
Si en torno del gran rio,
En las cumbres de Ossett, en los collados
Y en las termas de Itálica sombría
La voz no escucho que escuchar solía?

Sin tu presencia esparcirá tan solo
En la convulsa mano
Tibios sones la lira que me diste....
Así disueltos de tu ser los lazos,
Sobre este mármol saltará en pedazos.»

. . . . . .

La elevada entonacion de esta oda y el melancólico dulce encanto que su lectura nos produce, evidencian la admirable exactitud del conocido precepto Horaciano, «Si vis me flere,» de aquel propio, íntimo y verdadero dolor al poeta exigido, si ha de producir la emocion que pretende.

El señor Zapata cultivó con igual fortuna todos los metros y formas literarias: de ello son buena prueba algunos romances fáciles y sueltos que de él hemos leido, singularmente en solemnidades religiosas, misas nuevas, profesiones, etc.

Sirva no más que de brevísima indicacion para no fatigaros más, el dedicado á Sor Luisa Arroyo, que comienza:

No te arrepientas ¡oh vírgen!
De vestir las albas tocas
Ni de rechazar del mundo
Promesas halagadoras.

Pudiéramos citar cien más de este ó parecido carácter, en su mayor parte exigidos con insistente apremio al poeta de gran renombre y escritos muchos de ellos al rápido correr de la pluma, sin que dejara de encontrarse en ellos á pesar de estas desfavorables condiciones, las dotes admirables del insigne discípulo de Lista.

Sabido es por otra parte que fué el señor Zapata docto y peritísimo humanista, y de tal manera activo y celoso en sus especiales aptitudes literarias y docentes, que fueron numerosísimos los periódicos de este órden en que colaboró con gran asiduidad, siendo creador y fundador de algunos de los que merecieron mayor aceptacion y concepto.

No creemos necesario alargar más este estudio y exámen de los trabajos literarios del señor Zapata, tanto por no hacer demasiado extenso nuestro discurso, cuanto porque, sobre las razones que apunté al comienzo del mis-

mo, publicaciones completas de sus versos é importantes trabajos de insignes profesores y poetas, discípulos del señor Zapata, que entiendo habrán de hacerse, aseguran al insigne maestro dilatada gloria y renombre, que no había de procurarle ciertamente este humilde trabajo por mucho que se estendiera.

Quedan al par numerosos testimonios de la fervorosa piedad del sacerdote dignísimo, como las glorias históricas y religiosas de San Fernando en el libro interesantísimo en el que á su docto y piadoso sabor añadió el sábio capellan real del egregio Santo, datos y documentos importantes de los más insignes varones; además el decenario de San Juan Bautista del venerable y sábio Fray Diego de Cádiz, que nuestro biografiado reimprimió y adicionó, y su notable cancionero de la Inmaculada, ramillete de las más hermosas flores, homenage de la lira castellana á la Madre de Dios en este dulcísimo misterio, objeto de señaladísima devocion para nuestro inolvidable amigo.

Añadid á los riquísimos tesoros de su ingenio esclarecido de que tan rápidas é incompletas indicaciones hemos hecho, la docta literaria erudicion que sus propios trabajos revelan y que acusan el constante fructuosísimo estudio á que le llevaban sus elevados y cultos entusiasmos, y comprenderéis lo justo y fundado de las dolorosas reflexiones que apuntábamos al comenzar este discurso, al señalar todos los tesoros perdidos con la muerte del anciano, cuya vida fué consagrada al culto perenne de las altas funciones del espíritu que más nos separan de toda la vida inferior, aproximándonos á la fuente de todo bien y de toda verdad y belleza.

El Sr. Zapata había adquirido en sus doctos, clásicos y literarios estudios, general concepto de verdadera indiscutible autoridad en elocucion y estructura y en todo cuanto concierne al literario saber á punto tal, que maestro en esta constante labor con su singular aficion y cultura, formóse en él, verdadero instinto literario de modo tal, que en una sola audicion y en la rapidez de ella, se-

ñalaba la frase ó la palabra de no justificado, propio y legítimo abolengo literario.

Más de una vez, el que tiene el honor de llevar en vuestro nombre y representacion el tributo rendido al insigne maestro y compañero, consultó; diré mejor, buscó su correccion y docta enmienda en sus propios y humildes trabajos literarios; y en más de una ocasion le oyó señalar con precision rápida y felicísima, la necesaria sustitucion de un adjetivo ó de un vocablo, sin que por esto aquel superior espíritu no sistemáticamente ceñido á estrecho criterio de escuela, conocedor de nuevas y posibles exigencias, negara su aceptacion á forzosas ineludibles innovaciones. La vida de nuestro inolvidable compañero fué, desde los primeros años de su juventud, laboriosa y activa, que casi niño nos lo encontramos dedicado á la enseñanza, y en puestos y cargos eclesiásticos que suponen anteriores y meritorios servicios, y vivísima actividad de presente, si había de cumplir sus distintos ministerios y oficios.

Quizá cansó y fatigó su espíritu en esas luchas inferiores, á que obliga el magisterio de juventud indócil y ruda tantas veces, en las forzadas y mecánicas condiciones de la enseñanza oficial y privada de numerosos alumnos: quizás gastaron precozmente la dulce idealidad del poeta, las menudas y tristes impurezas de la realidad, que vienen á herir en el alma del artista, fibras y encantos no muy despiertos y vivos en la masa común, ni en los hombres de seca y segura ciencia: quizás las contrariedades forzosas de la vida y otros elementos no fáciles de apreciar, determinaron las asperezas y desabrimientos que, aun apesar de sus cultas formas, les pareció descubrir á los que como el que esto escribe, lo conocieron en el otoño de su existencia con prevenciones, recelos y juicios no siempre fundados y seguros.

Es triste y necesaria condicion á la que está sugeto el poeta y ofrécense en él como dolorosa y bien cara compensacion (quizás de altos privilegios), descorazonamien-

tos y desencantos que en su alma se producen con más dura intensidad y más hondas amarguras que en los demás humanos, cuando la maduréz de la edad multiplica las dolorosas experiencias, las tristes realidades y obliga al alma á que arroje lejos de sí ese dulce y bello giróscopo del poeta, que no ofrece á su contemplacion y á las relaciones en que se coloca con el mundo exterior y aun con su vida íntima, sino combinaciones y conjunciones siempre bellas y armónicas. Se vé entonces con clarísima é inescusable percepcion el rápido pasar de todo lo hermoso y posiblemente perfecto, que juzgó el alma sencilla destinado á larga y perdurable existencia, ya que difícil y rarísima cuanto feliz coincidencia hizo condensarse á elementos caprichosos en armónica belleza.

La vida que alcanza á la decrepitud ha permitido ver la gradualidad de la decadencia y la ruina y la transformacion ineludible de la perfecta belleza del color y la línea, en el feo desconcierto de felicísimas armonías: la hoja seca podrida, trás la explendidez encantadora de la flor; las tinieblas y sombras del entendimiento caduco, trás la brillante luz del génio; el ronco y torpe gemido, trás la palabra arrebatadora y elocuente, y el canto armónico y conmovedor. Y, sin embargo, si dáis al poeta la trágica y violenta conmocion de la flor tronchada repentinamente por el huracan; de la brillante luz que en un rápido soplo extingue; de la hermosa vida arrebatada, en un momento, en la plenitud de la florescencia, habréis tal vez inundado de eterna melancolía su alma; pero, quizás al choque del dolor, en el período de la idealidad fresca y viviente, habréis levantado en su fondo, anhelos más nobles y puros, por inalcanzables é imposibles, y habréis dado á su idealidad, las celestiales ángelicas formas de la Beatrice de sus sueños: quizás la elevacion artística y moral, depuradora de toda su existencia.

Por algo aquel rudo, pero grandioso «muera más bien que envejecer» del inmortal Quintana, hállalo á veces el poeta soñador, más razonable y menos absurdo, que

aquellas «ominosas huellas de la vejez» que recuerda el insigne poeta.

¡Ah, señores Académicos! es que estos desencantos y dolorosos contrastes; estas experiencias y decepciones á que forzosamente lleva la edad madura, obligan al alma á contínuos y dolorosos desprendimientos, á eliminaciones graduales y sucesivas, que quizá preparan con la fé, la sábia y santa y por ello bien entendida direccion de la vida. ¡Dichosos aquéllos á quienes esta fé y esta piedad hizo de todas las ruinas acumuladas por los desengaños y dolorosas experiencias sufridas, pedestal de su cristiana grandeza y punto de arranque y vuelo para abrazarse á la eterna inconmovible belleza, que no muda ni se afea; al bien que no se extingue ni hastía; á la verdad que ilumina con luz indefectible, todo entendimiento: á la verdad, la belleza y el bien absoluto.

Quizás estas decepciones y amarguras que en esta edad determinaron en nuestro inolvidable compañero, en el insigne poeta D. Francisco Rodriguez Zapata, las sombras y deficiencias de su vida y de su espíritu, le llevarían á esa sucesiva y gradual eliminacion de todos los encantos y lazos transitorios del mísero existir sobre la tierra, para venir al cabo, despues de todas las experiencias y todas las luchas y las decepciones todas, á persuadirle con feliz é inconmovible evidencia, que todo es hoja de otoño y polvo al fin. De esta manera levantando su alma, cuando la decadente decrepitud comenzaba, le sería dado formular con todo el fervor del creyente (hecho el santo vacío de todas las vanidades de la existencia) la conviccion piadosa que compendía aquel grandioso «No hay másq ue Tú» del cristiano poeta; y, dadas sus piadosas postrimerías, es lógico asegurar que este grandioso «No hay más que Tú,» habría de repetirlo al fortalecer su espíritu en su viaje á la eternidad....

Y tal vez las compunciones dolorosas en los supremos decisivos instantes de su vida, alcanzarían tal poder, y tal intensidad, al fuego de su contrito amor, que

le sea lícito á la piedad cariñosa, halagar la confianza de que su alma repetiría un nuevo más solemne y más seguro y feliz «No hay más que Tú,» al recibir en la presencia de Dios, el osculo divino de su dicha imperecedera.

He dicho.